

CATHY HOPKINS

Crisis de verano



1

Secretos y mentiras

Zoom entrecerró los ojos y me observó con atención, como si intentara leerme la mente.

–Tú te traes algo, Lia Axford –dijo, al cabo de un rato–. Hay algo que no nos estás diciendo.

Cat, Becca y Mac apartaron la vista del DVD de terror que estábamos mirando y clavaron sus ojos en mí como Zoom.

–Tonterías –respondí–. No pasa nada.

Traté de decirlo mirándolo a los ojos, pero era difícil porque él estaba en lo cierto. Sí pasaba algo. O pasaría en poco tiempo más. El siguiente fin de semana, para mayor exactitud. Pero no podía decir nada a nadie. Aún no. Papá me había hecho prometérselo.

–¿Cómo? –preguntó Becca mientras se llevaba a la boca una patata frita–. ¿Pasa algo?

Crucé los brazos sobre mi vientre y crucé las piernas.

–Sí. Una película –respondí, volviendo a mirar hacia la pantalla del televisor–. Y nos la estamos perdiendo.

–Epa –dijo Mac–. Miren el lenguaje corporal de Lia. La delata por completo. Se ha cerrado. La semana pasada vi un programa de televisión donde hablaban de eso. El cuerpo dice lo que la boca calla.

Rápidamente descrucé los brazos y las piernas.

–Lo único que mi cuerpo está diciendo es que no me gusta esta peli. No me gustan las películas de miedo, pero ustedes insisten, sé que les gustan. ¿Alguien quiere tomar algo? ¿Más patatas?

Me puse de pie para salir de la habitación pero Zoom se lanzó al piso y me atrapó por el tobillo derecho.

–No queremos seguir mirando la película hasta que nos digas qué pasa –insistió, y casi me hizo caer–. Sé que pasa algo, y recuerda que, lenguaje corporal o no, yo puedo ir más allá de eso. Pueeeedooooo leeeer tu meeenteeeeee.

Sentí que me ruborizaba porque, apenas un momento antes, cuando él me miraba fijamente, yo estaba pensando que, si tan sólo pudiera deshacerme de los demás, podríamos tener una buena sesión de besos en lugar de asustarnos con una estúpida película de miedo. Cat, Becca y Mac serán mis mejores amigos aquí en Cornwall, pero Zoom es más que un amigo. Es mi novio, y quizá sea el chico más romántico del mundo, pero hacía muchísimo que no estábamos a solas. No le había dicho nada porque no quería parecer demasiado exigente ni resultarle pesada. En una de las revistas de Becca, había leído que a los chicos no les gusta eso y que es mejor darles más espacio; además, él parecía estar disfrutando la película. Mi hermano Ollie nos la había dejado para que la viéramos la noche anterior, cuando regresó a su escuela en Londres. A él le encantan esas cosas y piensa que lo que a él le gusta debe gustarle a todo el mundo. A mí no, pero los demás me ganaron por mayoría. Morirme de miedo no es mi idea de la diversión. Puedo mirar una película de terror cuando hay otras personas conmigo, pero más tarde me dan mucho miedo. En serio. En mitad de la noche, cuando estoy sola en mi habitación, empiezo a recordar la parte más aterradora de la película. Imagino ojos que me observan en la oscuridad, manos que aparecen en la ventana tratando de entrar, cuerpos sin cabeza flotando en los pasillos, atravesando las paredes y volando sobre mi cama. A veces tengo que taparme la cabeza con las cobijas porque pienso que, si yo no los veo, ellos tampoco pueden verme.

–En realidad, no sabes leer la mente porque no tienes idea de lo que estaba pensando. Y no pasa *nada* –mentí.

Zoom rio.

–Lia, no sabes mentir. Eres la peor mentirosa del mundo.

Mac apretó la tecla de pausa en el control remoto y el DVD se congeló en la pantalla con una chica en pleno grito.

–Bien –dijo–. Desembucha. Si mi amigo dice que nos estás ocultando algo, entonces es así.

Había cuatro pares de ojos clavados en mí. Los de Mac. Los de Becca. Los de Cat. Los de Zoom. Casi como una escena del DVD. Normalmente son todos bien parecidos, pero cuando quieren pueden poner unas caras horribles: unas expresiones que practicaron para el concurso de “¿quién hace la cara más fea?” al que nos gusta jugar de vez en cuando. Cat se pasó los dedos por el pelo corto y oscuro hasta que quedó parado como si acabara de levantarse de la cama, y se puso bizca. Mac se aplastó el pelo rubio y llevó los labios hacia adentro, de modo que parecía que no tenía boca. Becca se echó su cabello rojo anaranjado sobre la cara como una cortina que ocultaba sus rasgos, salvo la lengua, que sobresalía entre el pelo, y Zoom hizo lo mismo que Cat: se levantó el pelo como un loco y luego acomodó los dientes de adelante sobre el labio inferior.

–Basta –les dije–. Dejen de mirarme así. Me están asustando.

Zoom empezó a reír a carcajadas como si estuviera poseído, se puso de pie y empezó a caminar como un zombi de la película. Mac también se levantó, seguido por Becca y Cat, y pronto todos estaban caminando por la habitación como si no tuvieran cerebro. Y venían hacia mí.

Cat, Becca, Mac y Zoom son mis amigos desde que decidí mudarme del internado donde estudiaba en Londres a la escuela local aquí en Cornwall, en septiembre pasado. No es que el internado fuera malo ni que no me agradara Londres, porque sí me gustaba. De hecho, mi hermana Estrella vive allá en Notting Hill, y mi hermano Ollie no estaba lejos, en su escuela de Kensington. Lo cierto era que echaba de menos a mis padres y extrañaba vivir en casa. Tenía la sensación de estar siempre

viajando. Tardaba cuarenta minutos en llegar desde mi escuela hasta la estación Paddington, tres horas desde Paddington hasta Plymouth, y de allí cuarenta minutos en auto hasta donde vivimos. En realidad, la manera más rápida de llegar es en helicóptero y a veces papá alquila uno, porque tenemos un helipuerto aquí, detrás de las caballerizas, en el fondo de la casa. Pero lo más común era que tomara el tren los viernes por la tarde o sábados por la mañana, y luego tenía que volver a partir el domingo a media tarde para llegar a tiempo para ir a la escuela el lunes.

Ahora soy mucho más feliz. Tengo una vida más normal; al menos, tan normal como puede serlo para la familia Axford. Mi papá es la estrella de rock Zac Axford. Era famoso en los años ochenta y aún tiene muchos seguidores, aunque Ollie y yo le decimos, en broma, que ahora que pasó los cuarenta años pertenece más bien a la categoría de veteranos del rock. Mi mamá es/era Carly Newman, modelo top en los Estados Unidos hasta que se casó con papá y abandonó la carrera para ser madre. Mi hermana es Estrella Axford, también modelo: sale en la portada de casi todas las revistas del momento. Mi hermano Ollie aún está en la escuela, pero sin duda va a dedicarse a algo fabuloso y ya está encaminado en esa dirección. Hizo el papel de Romeo el año pasado en la producción de *Romeo y Julieta* de su escuela y no cabe duda de que tiene carisma, y lo sabe muy bien. Hasta yo me doy cuenta de que es como un imán para las chicas. Y luego estoy yo. La gente dice que soy la más callada de la familia, pero a veces pienso que en realidad quieren decir que soy la más común y corriente. Si no fuera porque tengo el cabello de mamá (rubio), el pecho plano como ella (todas las chicas Axford tienen senos pequeños) y los ojos de papá (azul-plateados), yo diría que pertenezco a otra familia. Me dicen que soy bonita pero yo no lo creo. Tengo el cuello demasiado largo, soy muy delgada, ¡y en los días malos parezco un pato! No tengo ningún talento musical extraordinario como papá. No sé actuar como Ollie y no me agrada ser el centro de atención como



a Estrella. Ni siquiera sé qué quiero hacer cuando termine la escuela. Tal vez ser veterinaria, pero no estoy segura. Eso empieza a preocuparme, porque este año tuvimos que elegir materias para el año próximo, cuando pasemos a décimo año, y no estoy segura de haber elegido las más indicadas.

–Dinos la verdad o te convertirás en zombi como nosotros –amenazó Zoom con voz grave.

–Nunca –respondí–. Mis secretos morirán conmigo.

Mac se acercó al sofá donde yo había caído cuando Zoom me aferró el tobillo.

–Vas a contarme todos esos secretos, muchachita –dijo, imitando una escena de la película–. O tendremos que mataaaarte de una manera muy desagradable...

–Sí –dijo Cat, señalando el sofá con un gesto–. Preparen sus armas.

Eso es lo malo de haber entrado a un grupo como éste, en el que todos se conocen desde hace tiempo. Se comunican por telepatía, y basta un gesto para que todos sepan lo que están pensando. Cada uno tomó un almohadón del respaldo del sofá y lo levantó para amedrentarme.

–Están todos locos –dije–. Y no van a lograr que les diga nada por la fuerza.

–Ah. Entonces *sí* hay algo –dijo Zoom, levantando su almohadón.

–No, yo no dije eso.

–Sí lo hiciste –insistió Zoom–. ¿No es cierto, chicos?

Los demás asintieron y cerraron más el círculo a mi alrededor.

–De acuerdo. Está bien. Quizás haya algo, pero no es nada malo.

–Lo sabía –dijo Zoom–. Cuéntanos o eres hombre muerto... digo, mujer...

Meneé la cabeza. Zoom hizo una seña a los demás y todos se lanzaron sobre mí a la vez. En un segundo, me habían bajado al suelo y me estaban aplastando con los almohadones. Logré soltarme, tomé mi propio almohadón y empecé a defenderme.

–¡Ai ya! –exclamé, al tiempo que me ponía de pie y adoptaba mi mejor pose de guerrero ninja–. No se acerquen porque soy cinturón amarillo.

Frente a mí, Mac se puso en posición de kung fu.

–Y yo soy cinturón marrón.

Becca y Cat se levantaron e hicieron lo propio.

–Y nosotras somos... ¿qué somos? –preguntó Cat.

–Cinturones verdes –respondió Becca, riendo–. ¿O eso significa otra cosa?

–Olvídenlo –repuso Zoom, al tiempo que se lanzaba a mis piernas–. Yo sé cómo hacerla hablar. Tómenle los pies. Háganle cosquillas. No lo soporta.

Volvieron a la carga y no tuve manera de defenderme de los cuatro a la vez. Cat, Becca y Zoom me inmovilizaron mientras Mac me quitaba los calcetines y empezaba a hacerme cosquillas en los pies. Era insoportable.

–¡Aaaayyyyyy, déjeeeeeeeenmeeeeeee! –dije, gritando y riendo al mismo tiempo.

Segundos más tarde, se abrió la puerta y apareció papá.

–Oigan, ¿qué es todo este alboroto? –preguntó, mirando los almohadones desparramados, las patatas esparcidas por todos lados y los cuerpos retorciéndose en el suelo delante de él–. Parece que estuvieran asesinando a alguien.

Zoom y Mac me soltaron inmediatamente y se sentaron sobre sus talones, con cara de avergonzados. Becca miró por la ventana como si hubiera visto algo fascinante y Cat trató de hacerse invisible.

–No, nada, papá. Sólo estábamos jugando –respondí.

–Entonces, ¿pueden bajar un poco el volumen? –pidió–. Desde la cocina, parecen un montón de fanáticos de fútbol cuyo equipo acaba de perder el partido. Y ustedes, Mac y Zoom, deberían dar el ejemplo ya que tienen dieciséis años.

–Sí, Sr. Axford –dijo Zoom.



–Lo siento, Sr. Axford –dijo Mac.

Papá puso los ojos en blanco.

–Llámenme Zac. Si me dicen Sr. Axford, parece que fuera un anciano. Me dio mucha risa verlos a todos tan avergonzados.

A veces pienso que papá intimida a mis amigos, y no porque sea demasiado estricto o aterrador. En realidad, es muy bueno. Creo que es porque es tan famoso.

–Y ¿qué es tan gracioso, Lia? –me preguntó papá–. Y ¿por qué hay patatas fritas por toda la alfombra?

–Zoom piensa que estoy ocultándoles algo –respondí, sabiendo que él entendería mi dilema–. Y decidió sacarme la información por la fuerza.

Papá se volvió a mirar a Zoom, quien a esta altura tenía cara de desear que la alfombra se abriera y lo tragara.

–Conque eso hizo, ¿eh?

–No era en serio. Yo no le haría daño –se defendió Zoom.

–Y ¿así tratas a todas las chicas que deciden no contarte algo? –bromeó papá, con lo cual Zoom se movió, incómodo, y se sonrojó furiosamente como Mac.

–Eh... no, claro que no... –balbuceó.

Papá se volvió hacia mí.

–Y ¿le dijiste lo que quería saber?

–De ninguna manera –respondí, e hice un gesto de sellarme los labios.

Papá me guiñó un ojo.

–Así me gusta. –Luego se volvió hacia los demás–. No se preocupen. Pronto se enterarán de las novedades.

Y dicho eso, salió de la habitación.

–Entonces *sí* hay algo –dijo Zoom. ¿Por qué no puedes decirnos nada?

–Porque se lo prometí a papá –respondí–. Es un secreto.

–¿Tu mamá está embarazada? –preguntó Cat.

–Por favor –respondí–. Ni lo digas. Pero no, no es eso.

Zoom puso cara de preocupación.

–Ey, no irás a mudarte, ¿verdad?

Le tomé la mano y se la apreté con afecto.

–No. No vamos a mudarnos.

–¿Vas a cambiar de escuela otra vez? –preguntó. Volví a menear la cabeza.

–Divorcio –dijo Mac–. Tu mamá tiene una aventura con el lechero.

–Nooo –dije.

–¿Tu papá tiene una aventura con el lechero? –preguntó Zoom.

–Nooooo –respondí, riendo–. Y no voy a decirles nada. Cambiemos de tema.

–Sí –dijo Cat–. Déjenla en paz. Si no quiere decirlo, que no lo diga. Pero yo quería preguntarles algo. El otro fin de semana es la fiesta de verano en la casa del vicario en Cawsand. Ya sé, ya sé... aburrido, pero podría ser divertido si vamos todos. Papá me pidió que fuera para vender los pasteles de las damas del pueblo, pero ¿quieren venir ustedes también?

–Sí, claro –respondieron Zoom y Becca.

–No estoy seguro –dijo Mac–. Tengo que ver cómo estaremos con los huéspedes.

La mamá de Mac tiene una casa de huéspedes elegante y a menudo tiene gente los fines de semana ahora que el tiempo está mejorando. Le gusta que Mac esté cerca para hacer mandados y ayudarla, pues es el único hombre de la casa desde que sus padres se divorciaron.

–¿Lia? –preguntó.

–Eh... –No podía responder sin revelar la noticia. Ése era el fin de semana que papá había elegido para su sorpresa–. Tal vez esté ocupada.

–¿Haciendo qué? –preguntó Zoom.

–No puedo decirlo.

Zoom hizo como si fuera a estrangularme y, justo cuando tenía las manos sobre mi garganta, volvió a entrar papá y lo vio. Miró a Zoom con aire curioso mientras buscaba sus anteojos, y Zoom retiró las manos y se sentó sobre ellas, otra vez con cara de avergonzado. Yo no podía parar de reír.

Cuando papá volvió a salir, Zoom suspiró profundamente.

–Va a pensar que soy el asesino del hacha o algo así –dijo, y luego se le iluminó la cara–. Ya sé cómo podemos sacártelo sin estrangularte, Lia. Verdad, consecuencia, beso o promesa.

–No –dijo Mac–. Otra vez con eso, no. Pensé que ya habíamos terminado.

–Sí –dijo Becca–. Nos ha metido en todo tipo de problemas. –Luego sonrió–. Entonces, sin opciones: sólo la verdad, Lia. Tienes que decirnos la verdad. –Empezó a contar con los dedos–. Pista número uno. Hay un misterio. Pista número dos. Pasa algo que no puedes decirnos pero tu papá lo sabe. Pista número tres. Posiblemente suceda el otro fin de semana. ¿Hhhmmmm? Ya lo sé. Fácil. Tu mamá va a dar una de sus fiestas. Es eso, ¿no? Ella es de Géminis. Cumple años en junio. Lo recuerdo. ¿Podemos venir? Me encantan las fiestas de tu mamá.

Becca no estaba lejos de adivinar la verdad, pues en general, a mi mamá nada le gusta más que hacer una fiesta. Cuanto más grande, mejor. Navidad. Cumpleaños. Día de San Valentín. Cualquier excusa es buena. Elige todo tipo de temas y no escatima gastos. Y era verdad que se acercaba su cumpleaños. Cumpliría cuarenta años. Pero había estado un poco rara al respecto, y decía que no quería festejos. Nada de celebrar a lo grande. “Es la crisis de la mediana edad”, había dicho Ollie a modo de explicación. Todos tratamos de convencerla de hacer algo, pero se mantenía firme en que quería “pasarle de la manera más tranquila posible”.

A medida que se acercaba la fecha, papá empezó a preocuparse.

–No está bien. Yo conozco a las mujeres. Conozco a tu madre. Por más que diga que lo olvidemos, cuando llegue el día, querrá festejarlo con todo. Será mejor que organicemos algo, ¡y que sea rápido!

Hubo montones de ideas. Un fin de semana en un “spa”. Una joya exquisita. Un reloj. Un auto nuevo. Ropa. Pero ella ya tenía todo eso.

Al final, el plan que resultó más atractivo fue reservar un hotel en algún lugar fabuloso e invitar a un grupo de amigos para que fueran con todos los gastos cubiertos por papá. Y yo iba a poder invitar a mis amigos, con todos los gastos pagados. Mamá no debía enterarse de nada. Papá le diría que había acatado su pedido de hacer algo pequeño y que irían a alguna parte, los dos solos. Ella nunca lo adivinaría, y luego ¡sorpresa! Cuando llegara al hotel, allí estarían esperándola su familia y algunos amigos.

Ése era el secreto pero, como todo se había decidido a último momento, papá quería estar seguro de contar con los vuelos y las reservas de hotel antes de que yo les dijera nada a Cat, Becca, Mac y Zoom. Había investigado todo tipo de sitios pero algunos no tenían lugar para tantas personas con tan poca anticipación. Yo me moría por contárselo a mis amigos, pero papá me había hecho jurar que no diría nada hasta que fuera cosa segura, pues no quería que nadie se entusiasmara en vano, y además no quería que el secreto se filtrara y llegara a oídos de mamá. Yo estaba ansiosa por contárselo a todos. Un par de días en un lugar fabuloso, no sólo con mis amigos sino con Zoom. Mi hermoso y querido Zoom. Entonces sí podría estar a solas con él. Iba a ser fantástico. Y muy romántico.

–Entonces, ¿es una fiesta? –volvió a preguntar Becca.

–Tal vez sí, tal vez no –respondí–. Se los diré apenas pueda. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Pero aún no. Tienen que darme un par de días más.

–Puaj –dijo Cat–. Detesto los secretos. Mi imaginación se acelera al máximo.

–La mía también –dijo Becca–. Pero no creo que vaya a decírnoslo.

Mac apretó “reproducción” en el control remoto y volvimos a mirar cómo les arrancaban la cabeza a los héroes adolescentes en la pantalla. Al menos Zoom me rodeó con su brazo y me acercó a él.



Cuando terminó la película, él se quedó un rato más y al fin pudimos tener nuestra sesión de besos.

–Y no creas que voy a rendirme y a contarte todo sólo porque besas tan bien –le dije, cuando nos separamos para recuperar el aliento.

–Ah... –rezongó–. Y yo que esperaba que mi cambio de táctica diera resultado.

Iba a explicarle otra vez que no podía decirle nada, pero él meneó la cabeza.

–Era una broma –dijo–. Dímelo cuando puedas. Sólo una cosa más. Eso de verdad, consecuencia, beso o promesa. Es importante, ¿sí? Sé que necesitas unos días hasta que puedas contarnos el secreto de tu papá, pero con nosotros, entre nosotros, la verdad. Es importante, ¿sí?

Asentí.

–Sí.

–Entonces, prometamos decirnos siempre la verdad. Aunque duela.

–Sí. Sin duda –respondí–. Pero yo nunca tendría para decirte nada que te lastimara.

–Eso espero –respondió Zoom, y volvió a hacer su voz cavernosa de zombi–. Porque en ese caso realmente tendría que mataaaaaaarteeeee.